

# **NO ESTAMOS SOLOS EN EL UNIVERSO**

( II )

## **PALABRAS Y SOCIEDAD**

### **Un mundo sin palabras**

Hoy nos resultaría extremadamente difícil concebir un mundo sin palabras. Pero el hombre no las tenía en sus orígenes y durante varios cientos o miles de años pudo pasarse sin ellas. Es evidente que hubo de comunicarse con “arrullos” y “gruñidos” apelando a miradas y a gestos de todo tipo para hacer prevalecer sus deseos y llevar a la práctica, con los suyos, una serie de comportamientos. Gracias al auxilio de estas formas primarias y elementales tiene que haberse gestado la convivencia familiar que, poco a poco, no sin grandes dificultades y peleas, determinaron las incipientes y pequeñas comunidades más o menos tribales. No obstante, supieron cumplir el mandato bíblico válido para todas las especies que pueblan el planeta: “Creced y multiplicaos”. La verdad es que para comer, vivir, ser feliz y multiplicarse no hacen falta las palabras. Hasta pareciera que, de no mediar la conveniente dosis de buena voluntad, en más de un caso, conforman una fuente permanente de desinteligencias y de conflictos. No obstante, el hombre hubo de llegar a ellas, inventarlas y sacar adelante los códigos de una lengua que le permitiera concretar *acuerdos inteligentes* de mutuo beneficio. Porque, sin las palabras se puede vivir, pero sin ellas, no pueden establecerse convenios de ningún tipo.

Al principio, los pequeños grupos nómades que deambulaban en busca de alimento y de abrigo, chocaron, por necesidad, con otros grupos que se les parecían, gracias a los cuáles pudieron colegir que “no estaban solos”, dicho esto último, con todas sus consecuencias. Porque, “no estar solos”, conllevaba la necesidad de aceptarse, de tolerarse y de entenderse de alguna manera.

Una buena dosis de aguante y otra de paciencia, en medio de un sin fin de agresiones propias de la reunión con sus semejantes, pero extraños al fin, las cosas pudieron ir saliendo adelante. Esto tiene que haber sido así, pero vaya uno a saber al precio de cuánto tiempo, de cuánto dolor, de cuántas peleas, de cuánta sangre y de cuántas muertes a través de cientos de miles, millones, de años.

En aquellas latitudes de la prehistoria, nuestros mayores tenían todo el tiempo del mundo. Nadie estaba urgido por la necesidad de entenderse como nosotros hoy, debido

al progreso, al poder y a la sofisticación de los recursos de muerte y de destrucción de que hacen gala los más poderosos de la Tierra...

A partir de un determinado día - por natural y lógica consecuencia, olvidado de las crónicas -, de boca de los más inspirados y resueltos del grupo, se nos dieron las primeras palabras. El asunto no tuvo mayor dificultad y hasta puede que haya sido un tanto divertido sentar las bases de los idiomas. “Org” podía ser: “Lanza”. Gist: Luna. Guirs: “Sol”. Dun: “Abrigo”. Pa: “Comida”. No estamos requeridos de una excepcional inteligencia para colegir que así empezó la cosa. Es más, el mundo verbal tiene, precisamente, la cualidad de que las palabras no tienen relación directa con aquello que representan. Son absolutamente arbitrarias como lo demuestra el simple hecho de comparar los diversos idiomas de tan distintos orígenes.

Con la paciencia y el tiempo disponible de nuestros remotos ancestros, la tarea de generar palabras puede que no haya presentado mayores dificultades. Se trataba de crear las necesarias para nombrar lo más elemental y *usarlas* para que se recuerden y apliquen con propiedad. Paulatinamente su número ha ido aumentando, con las limitaciones propias de tener que disponerlas y naturalmente conservarlas en la memoria. De todas formas el esfuerzo consecuente, resultó válido para activar los engramas cerebrales, dirigiéndolos hacia un progreso irreversible del pensamiento creador e innovador.

## **Convivir en sociedad**

Así las cosas, el problema surge cuando hay que llegar a entenderse con los diversos grupos, se trate de los más próximos o de los vecinos. Porque aquellos seres, en un principio nómades, resolvieron establecerse, fijando sus respectivos territorios donde les parecería mejor; en habiendo tanto para elegir...

“El hombre es un ser social”, nos dice Aristóteles y agrega: “Si se aísla y vive sólo, es un anacoreta o un loco”. En este sentido, tenemos que admitir que el Universo nos ha *programado* para que nos resulte propicia la vida en sociedad. En los primeros tiempos del hombre, no debió resultar complicado reunirse por grupos de una dos y tres familias. Fácil es colegir que se necesitaban unos a otros para lograr los mejores resultados con la caza, el abrigo y el sustento. Lo cierto es que cuando hay que comer, no es tan difícil organizarse para dar y recibir las necesarias ayudas. Eso sí, con tal de que comamos todos; hasta aceptando que, el jefe, coma un tanto más que los que se le sujeten, porque, por natural consecuencia, se aceptaría como tal al más fuerte, por tanto, al más necesitado de alimento.

Hasta aquí, con “arrullos” y “gruñidos” y una que otra palabra que ayude a ir más rápido con algunas acciones, todo podía funcionar. Los más fuertes mandaban sobre los demás. A la sombra de su poder y de su fuerza, el que pretendía cualquier cosa de otro, simplemente la cogía y se la llevaba; se trate de alimentos, de armas, de abrigos o de sus amadas mujeres. Cuántos años, cuánto dolor, cuántos miedos y recelos, cuántas muertes haya significado esta forma de vivir, nadie lo sabe. Aquellos tiempos, de lenta evolución, ponen a prueba nuestra capacidad de asombro y no podemos menos que sentirnos muy mal a poco que pensemos sobre la vida de ésos nuestros remotos parientes.

Entretanto, los idiomas no pararon de enriquecerse. Despegándose de las ataduras de las cosas comenzaron a incursionar en el mundo de lo inasible, persiguiendo manifestar la aprobación o la desaprobación de aquello que se decía o se intentaba significar en medio de las más descorazonadoras limitaciones.

Entretanto, la ley del más fuerte campeaba por sus fueros en aquellas incipientes organizaciones; en las que todo seguía igual y los hombres deambulaban *recelosos*. En cualquier momento, uno más fuerte podría presentarse para llevarse a la madre de sus hijos a la rastra, despojarle de sus armas y herramientas y hasta de sus siempre precarias reservas de abrigo y alimento. En ese constante alerta tuvieron que vivir con la esperanza de que, algún día, las cosas fueran de otra manera...

## **La paz de los convenios**

De todas formas, para los más débiles, cabía el recurso de aguardar al poderoso y, desde la conveniente altura, dejar caer una pesada roca sobre su cabeza. De todos modos esta solución no sería nunca la más conveniente ya que, los fuertes, eran especialmente útiles y hasta necesarios para la defensa frente a tribus vecinas que bien pudieran atacarles con ánimos invasores y de saqueo. Como es lógico y natural, la solución no pasaba por suprimir a los más fuertes sino por entenderse con ellos; sujetándoles, de alguna manera, al poder de la tribu. Los años y las generaciones que hubieron de pasar para llegar a determinados entendimientos, no podemos ni siquiera intentar calcularlos, sólo tenemos que aceptar que fueron varios miles de años quizás millones, que se pierden entre los pliegues de una historia inexistente.

Como hemos dejado expresado en el primer párrafo de este ensayo, el hombre hubo de crearse las palabras hasta conformar una lengua lo *suficientemente válida como para perseguir acuerdos inteligentes*. Porque, como hemos dicho, se puede convivir, crecer y multiplicarse sin palabras, pero sin ellas, es imposible llegar a establecer convenios útiles para gestar la convivencia pacífica.

De cómo pudieron llegar a reunirse y entenderse bajo la presión del atavismo que demandaba no innovar y dejar las cosas como están porque *siempre* han sido así. Quién podría saberlo, pero lo cierto es que un señalado día se impuso la cordura y lograron un acuerdo y a él, los hombres de todos los tiempos de allí en más, le debemos el convenio primigenio de la *confianza recíproca*.

A la sombra de este convenio pudo gestarse el progreso y el comienzo de las civilizaciones, porque, desde entonces, aquellos seres pudieron darse a la tarea de cultivar la tierra, de fabricar nuevas herramientas y enseres y de construir viviendas. Este convenio ha marcado un antes y un después por el que los hombres pudieron *dejar de estar recelosos* dado que cuando alguno más fuerte, de entre ellos, pretendiera lograr cualquier cosa por la fuerza, la tribu se encargaría de ejercer sobre él su poder y hacer justicia.

Toda la vida, han existido los díscolos y los inciviles, por ende, los sujetos de la acción tribal o comunitaria de la justicia. No obstante y gracias a que el hombre lleva en la piel este convenio - metido en el intrincado código de sus neuronas-, la vida en sociedad se desenvuelve sin los traumáticos celos de nuestros primitivos hermanos y mayores. Esto no quiere decir que lo tengamos fácil. Desgraciadamente, no pocos de los hombres

fuertes – léase, también, naciones-, de nuestro tiempo, no han llegado a enterarse de nada de todo esto. Como por un tobogán las modernas civilizaciones, léase los países más avanzados, discurren *recelosos* y buscan la seguridad en la fuerza nueva de las armas más sofisticadas y destructivas. Mientras que los que les combaten, según ellos en defensa de sus “derechos”, apelan *al terror dejando de lado el convenio primigenio de la confianza recíproca* y volvemos a lo más primitivo dejando ver que no nos enteramos de nada. De un lado los fuertes. De otro los que aguardan en la roca para debilitar al fuerte con *actos vandálicos* y sobre todo de *terrorismo*. En su respuesta, el fuerte acude a su poderosa fuerza y mata indiscriminadamente a sus semejantes y, en mayor número, a los desposeídos de los más elementales medios de defensa: los más inocentes. A la vista de todo esto nos preguntamos cuántas muertes más, cuánto dolor y sufrimiento volverán a hacer falta para que prive la cordura y los fuertes y los débiles entiendan que *las palabras han sido creadas con el propósito superior de concretar acuerdos inteligentes de mutuo beneficio*. Porque, los hombres de todos los tiempos pueden vivir, ser felices y reproducirse sin ellas y..., ya volvemos a repetirnos...

El Universo no sólo nos ha *programado* como seres sociales, nos ha dejado impreso en la propia fisiología cómo tenemos que hablar y comunicarnos, para qué hacerlo, al servicio de qué causas, a fin de conseguir la paz y la felicidad de y para todos. ¿Nosotros qué estamos haciendo con todo esto?... ¿Aún así tenemos la vana pretensión de decir que somos inteligentes y sabios?. Sabios. ¿Para qué?... ¿Acaso para fabricar armas químicas, bacteriológicas, atómicas, “inteligentes” y de devastadora e indiscriminada destrucción?. ¿Para que unos vivamos en *recelosa paz* la mal llamada “sociedad del bienestar”, mientras otros no cuentan con lo más elemental y necesario?. Bonita manera de presumir es ésta señores “sabios”, “inteligentes” y “enterados poderosos” de la Tierra.

¿Qué podrá decir, de todo esto, el Universo que nos contempla desde su intemporal infinitud?!.....

Gracias y hasta pronto mis amables lectores.

**R. G<sup>a</sup> Carbonell**